
Las cabezas trocadas

Thomas Mann



LAS CABEZAS TROCADAS

THOMAS MANN



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: «*Die vertauschten Köpfe*» de *Thomas Mann*

Diseño de la cubierta: Edhasa

© Ilustración de la cubierta: [iStockphoto.com/Nicola Vernizzi](https://www.istockphoto.com/NicolaVernizzi)

Primera edición impresa: septiembre de 2009

Primera edición en e-book: julio de 2021

© 1940 by Bermann-Fischer Verlag AB, Stockholm.

Renewed 1968 by Katia Mann.

All rights reserved by S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4649-7

Producido en España

LAS CABEZAS TROCADAS

PRÓLOGO

Quien conozca y guste la obra de Thomas Mann y se encuentre familiarizado con su peculiar manera de ordenar la intuición poética bajo las exigencias de una labor concienzuda y paciente, en encajar la gracia espontánea del espíritu en la precisión comprobada del detalle, advertirá sin duda en esta «leyenda india» que ahora nos ofrece algo de juguetona escapatoria al campo de la libre fantasía, del humor y de una creación más suelta. No es que falte bajo ella el andamiaje de una preparación cuidadosa, que todo escritor ducho en su técnica presta a cualquiera de sus producciones; tampoco es que este librito pueda pasar por un capricho literario sin precedentes en las anteriores obras de Mann: al contrario, resultan más que evidentes sus conexiones de inspiración y de estilo con muchas de ellas y, sobre todo, la profundidad de su intención simbolizadora y expresiva debe referirse al nervio mismo del pensamiento del autor. Pero, con todo, aparece indiscutible este resultado: siendo un escrito lleno de meditación y alcance, el cuero tenso y ágil de la fábula rebasa con su gracia cualquier otro elemento y deja en el lector la alegre impresión de lo fácil. Si no se conforma con detenerse en su divertida superficie apreciará pronto cuánta dificultad, qué dolorido esfuerzo del alma oculta en su fondo.

En efecto: *Las cabezas trocadas* puede satisfacer bien al distraído lector de obras de ficción; pero, al mismo tiempo, ofrece muy particulares incentivos a aquel otro, más exigente, que se interesa por los problemas de la literatura. Esos incentivos aparecen en todos los estratos de la creación poética a lo largo de sus páginas, desde el más externo (con cuestiones de estilo tales como el juego de gradaciones y contrastes del lenguaje, a veces lírico, tirando al arcaísmo de la leyenda, y a veces —precisamente cuando es una Divinidad quien habla—

despojado de toda solemne andadura y quebrándose en el sesgo humorístico de una rebuscada vulgaridad) hasta la más profunda capa de la obra: su metafísica, el sentido de la vida que en ella palpita y que eleva la anécdota hasta los planos de la universalidad del espíritu.

Pero entre todos esos incentivos quiero referirme en especial a uno, no tanto para ejemplo como porque se da con verdadera especialidad en este libro: *Las cabezas trocadas* se nos aparece como versión definitiva y lograda de una fábula que ha venido trabajando desde atrás la imaginación del autor, y de cuyo trabajo íntimo el propio autor quiso dejar huellas expresas en su anterior producción. Aludo a la novela *Carlota en Weimar*, que yo mismo traduje. Ahí se encuentra un soberbio capítulo –el despertar de Goethe– en que Thomas Mann bucea, a través del alma de su criatura, en los problemas psicológicos y literarios de la creación poética. Y en esa fingida divagación matutina del viejo Goethe aparece, en esbozo, como proyecto y con una configuración distinta, la misma fábula que ahora ha sido desplegada en las páginas tersas de este librito. Mejor que ninguna explicación entiendo que conviene darle como pórtico aquella página que es su claro precedente. Dice así: Si hay algo en el mundo moral y sensual [se hace hablar allí a Goethe] en lo que haya intimado profundamente mi pensamiento a todo lo largo de mi vida en el placer y en el terror, es la seducción –pasiva y activa–, dulce y aterrador contacto que viene de arriba cuando place a los dioses: es el pecado de que inocentemente nos hacemos culpables, culpables como instrumento suyo y también como víctima suya, pues resistir a la seducción no significa dejar de estar seducido, es la prueba de la que nadie sale airoso, pues es dulce, y aun como prueba es ya irresistible. Así gusta a los dioses enviarnos la dulce seducción, hacémosla sufrir y comunicarla a otros como paradigma de toda tentación y culpa, pues la una es ya la otra [...] Eternamente va unida la venganza a la seducción, a la prueba, irresistible para las propias fuerzas: así lo quiso Brahma. De ahí el placer, el terror con que yo lo pensaba. De ahí la angustia fecunda que despertó en mí el poema... de la mujer del brahmán, de la diosa-paria, en el que quiero celebrar y anunciar aterradoramente la seducción...

Sé muy bien [continúa diciendo el Goethe de Thomas Mann en su monólogo] cuál es la fuente de donde me vino hace innumerables años, como también «El dios y la bayadera» del Viaje a la India Oriental y China en alemán, mamotreto fecundo... Pero apenas recuerdo todavía cómo apareció en su lugar, y así sólo cómo se forma tímidamente en mí a los fines más espirituales la imagen de la mujer muy noble, de santa pureza, que va al río todos los días en busca del agua fresca, y para esto no necesita ni jarro ni balde, pues en sus manos religiosas se redondea la onda en un soberbio globo cristalino, que lleva diariamente a casa la pura mujer del Puro con alegre recogimiento, símbolo tangible en su frescor de la claridad e imperturbabilidad, de la inocencia inatacada, y de lo que puede conseguir en su candidez. Cuando saca agua la mano pura del poeta, el agua se redondea... Sí, yo quiero redondearlo en una bola cristalina al poema de la seducción, pues el poeta, el muy tentado, el seductor y muy seducido, puede aún hacerlo, le queda aún el don que es signo de la pureza. No así a la mujer. Cuando la corriente le ha reflejado al joven celestial, cuando se pierde mirándolo, cuando una forma única y divina confunde su vida más profunda, la onda se niega a formarse, ella se va a casa vacilando, el alto esposo lo adivina, ¡venganza, venganza!, la afligida, la inocente-culpable es llevada por él a la colina de la muerte, le corta la cabeza con la que había visto encantos eternos; pero al vengador le amenaza el hijo de seguir a su madre con la espada como sigue hacia el fuego la viuda al esposo. ¡Eso no, eso no! Es verdad que la sangre no se queda fija en la espada, corre como de una herida fresca. ¡Deprisa! Pon otra vez la cabeza en el tronco, pronuncia esa plegaria, bendice con la espada el punto de unión, y ella revivirá. Terror del lugar. Se cruzan dos cuerpos, el noble cuerpo de la madre y el cuerpo de la criminal, de la casta paria, ajusticiada. ¡Hijo, oh hijo, cuánta prisa! La cabeza de la madre la pone sobre el cadáver de la desdichada, lo sana con la espada de la ejecución, y se alza una gigante, una diosa, la diosa de los impuros...

¡Compón esta historia! ¡Redondéala en una obra de lenguaje de la más intensa elasticidad! ¡No hay nada más importante! Se transformó en diosa, pero entre los dioses será sabio su querer y feroz su

hacer. Ante el ojo de la pura oscilará el rostro de la tentación, la santa imagen del joven, en ternura celestial; pero cuando se hunde en el corazón de la impura despierta en él una veleidad de placer, desesperado hasta la rabia. La seducción dura eternamente. Siempre vuelve el fenómeno divino y perturbador, que la toca al pasar, en forma siempre ascendente, siempre descendente, asombrándose y explicándose –así lo quiso Brahma. Ante Brahma está lo terrible, le advierte amistosamente, le riñe furiosamente, por su pecado confuso y cargado de secreto–, a toda criatura que sufre le aprovecha la piedad del supremo.

Las cosas suceden, pues, en la primitiva y sólo esbozada versión, de una manera por completo distinta; distintos son también los personajes; pero la idea literaria que es su núcleo y que da título a la obra permanece idéntica, e idéntico el fondo filosófico de donde su inspiración brota...

FRANCISCO AYALA

CAPÍTULO I

La historia de la esbelta Sita –hija de Sumantra, un criador de vacas descendiente de guerreros– y de sus dos esposos (si así puede decirse) exige del que le escucha –¡tan sangrienta y perturbadora es!– una suma fortaleza de ánimo, y capacidad para hacer frente con el espíritu a las crueles prestidigitaciones de Maya. Sería deseable que el oyente tomara ejemplo en la firmeza del narrador, pues casi hace falta más valor para relatar una semejante historia que para recogerla. Desde el comienzo hasta el fin, sucedió tal y como sigue.

En la época en que la memoria se alzaba en las almas de los hombres como se llena el vaso sagrado, lentamente, desde la base, con licor embriagador o con sangre; cuando el seno de una severa piedad señorial se abría al semen de lo más primitivo, y la nostalgia de la Madre rodeaba los viejos símbolos de rejuvenecidos estremecimientos haciendo crecer las caravanas de peregrinos que en la primavera se agolpaban hacia las moradas de la nodriza del mundo; en esa época, mantenían estrecha amistad dos jóvenes poco diferentes en años y casta, pero muy distintos en su encarnación. El más joven de ellos se llamaba Nanda; el otro, un poco mayor, Chridaman. Aquél tenía dieciocho años; éste, ya veinticinco, y ambos, cada cual en su día, habían sido ceñidos con el cordón sagrado, siendo aceptados en la comunidad de los que han nacido por segunda vez. Ambos eran del mismo pueblo y templo, llamado Prosperidad de las Vacas y enclavado desde tiempo atrás en ese lugar, en el país de Kosala, por indicación de los dioses. Estaba protegido por un seto de cactus y una valla de madera, ante cuyas puertas, dirigidas a los cuatro puntos cardinales, un sabio errante iniciado en la palabra de la Diosa, que no pronunciaba frases ociosas y